

# A través del tiempo

Érase una vez en una lejana y extraña tierra, donde la mayor parte de los habitantes eran ya muy ancianos, ancianos o, simplemente, maduritos. Sin embargo, esto no era lo peculiar de este país, sino el hecho de que todos los habitantes tenían ideas muy fijas y parecían incapaces de concentrarse en dos corrientes de pensamiento a la vez.

Por aquel entonces, los ciudadanos sufrían de una intensa obsesión por las cosas del pasado. Los vecinos y amigos se reunían todos los días para recordar sus mejores años y épocas más antiguas, en las que no se veían limitados por los devastadores síntomas de la vejez y las enfermedades.

Aquellos hombres y mujeres sabían que no les quedaba mucho futuro por delante, y que, decididamente, el alegre y vital pasado era mucho mejor que su presente plagado de dolor de articulaciones y rostros apenas reconocibles en el espejo.

Los más jóvenes, a pesar de tener menos pasado, también se reunían diariamente, pero pronto empezaron a aburrirse. En poco tiempo las reuniones de los jóvenes se tornaron más revolucionarias. Comenzaron a recorrer caminos aún inexplorados por aquellos hombres.

Comenzaron a mirar hacia el futuro.

Empezaron a tener ambiciones, expectativas, a planificar, a tener sueños y deseos... En resumen, empezaron a conocer el futuro.

De esta forma fue como se dieron cuenta de que la población era cada vez más anciana y que los niños escaseaban, y que, si no hacían algo acabarían desapareciendo.

Al cabo de unos años, cientos de bebés habían nacido y obraron algo que no habían conseguido ni todos los jóvenes juntos, un milagro. Consiguieron que los ancianos (como) empezaran a preocuparse por

el futuro de sus nietos, primero, y que se dieran cuenta de que a ellos también les quedaba algo de futuro por delante; poco, pero algo. Sin embargo, como ya os he contado antes, estas habitantes no se podían centrar en dos cosas a la vez. Por ello, la sana preocupación por el futuro, empezó a convertirse en obsesión.

Las personas se pasaban el día planeando el futuro y lo que debían hacer cada minuto y cada hora del día siguiente y, para cuando llegaba ese momento, debían planificar otra vez lo que harían después. Se convirtieron en personas muy organizadas y ordenadas, pero no disfrutaban de la vida y ¿qué es la vida si no puedes disfrutar de ella? Sin embargo, aquellos pobres personas no se daban cuenta de eso, tan centrados que estaban en la planificación.

Esta forma de pensamiento y obsesión se fue transmitiendo de padres a hijos. Los más mayores obligaban a los pequeños a planificar cosas constantemente, para su desgracia.

Después de un tiempo, cuando los niños empezaron a tomar un poco de conciencia y, siguiendo sus impulsos infantiles, se hartaron de tanto planificar y se pusieron a jugar.

Cada vez más y más niños dejaron de planificar cada segundo de sus vidas y disfrutaron de los simples placeres que la vida les ofrecía en ese momento.

Los mayores intentaban llevar a sus hijos a su estilo de vida anterior, pero ellos se resistían con uñas y dientes porque habían saboreado la libertad y estaban ávidos de ella. Después, los adultos dejaron de intentarlo e incluso algunos se dejaron llevar por la filosofía de sus hijos.

Hizo falta que se unieran todos los niños y les instaran a sus padres a centrarse también en el presente.

Durante un tiempo las cosas fueron bien, e incluso se podría decir que normal. Sin embargo, como había ocurrido antes, las cosas se empezaron a torcer y esta vez fue peor que las veces anteriores.

Los habitantes se habían centrado demasiado en el presente y ya nadie se preocupaba por casi nada. Los padres, tan centrados en vivir

el momento descuidaron a sus hijos. Las ciudades eran un caos: los adultos no iban a trabajar y los niños tampoco iban al colegio, la comida empezó a escasear porque nadie se preocupaba de reponerla, todo el mundo se saltaba las normas sociales y, peor aún, de tráfico porque, según ellos, "estaban disfrutando del momento". La situación era peor de lo que os podréis imaginar y, con el tiempo, empeoró cada vez más. Un grupo de sabios ancianos se dieron cuenta de esto y se reunieron para discutir sobre cómo podrían resolver la situación.

Sin embargo, no se ponían de acuerdo y cada uno decía una cosa diferente. Una de las pocas cosas en las que se pusieron de acuerdo fue en que debían reunir a todos para que pudiesen aportar ideas y ayudar a solucionar el problema.

Y así se hizo, pero no fue mejor que la vez que se reunieron los sabios. El griterío era insostenible y, como cada uno decía una cosa distinta, se confundían todas las ideas y argumentaciones.

En medio de aquel alboroto un pequeño niño, sucio y vestido con harapos se acercó a uno de los sabios y le tiró de la toga que llevaba para llamar su atención. El anciano se acercó al niño y este le susurró que tenía una idea en mente que podría resolver el problema.

El sabio, al no ver otra mejor opción, aceptó la propuesta del niño e intentó acallar a la ruidosa multitud. Tras varios minutos, consiguió que reinara un poco de silencio e hizo que el pequeño niño se subiera a una mesa para que todo el mundo le prestara atención.

Muchos de los habitantes allí congregados protestaron alegando que el personaje en cuestión era solo un niño y que él no podría aportar ninguna solución. A pesar de ello, la mayoría permanecieron en silencio a la espera de escuchar lo que tenía que decir, ya que empezaba a respirarse desesperanza en el ambiente.

El niño comenzó su discurso con voz temblorosa, pero a medida que avanzaba su voz adquirió más confianza y seguridad.

Esto fue lo que dijo:

- "Estamos aquí para discutir un problema muy grande. Ese problema es que mucha, por no decir todos, ya no sabemos qué creer ni qué pensar. La desesperanza está empezando a crecer y eso no podemos permitirlo. Si lo hacemos, esto se volverá cada vez peor y peor y ya no podremos ni convivir unos con otros. Pero aún estamos a tiempo. Nos hemos centrado en el pasado, pero no funcionó porque no nos preocupamos por el presente y el futuro. Nos concentramos en el futuro, pero es tan desconocido que intentamos controlarlo demasiado y tampoco funcionó. Por último, nos centramos en el presente, pero la situación se volvió muy, muy mala. Así que, amigos, habitantes, sabios, mi solución es: centrámonos en todo y en nada a la vez.

Antes de que pregunten cómo es posible y cómo vamos a hacerlo, os lo explicaré. Toda mi vida, que no es mucha; he estado observando cómo vivir y he acabado pensando esto: el pasado es un buen lugar para visitar, pero no para quedarse. Podemos aprender de nuestros errores del pasado y disfrutar de él, pero no vivir en él. También, vivir en el presente tampoco es bueno. Debemos darnos cuenta de él pero no obsesionarnos y, si no me creéis, mirad a vuestro alrededor. El futuro es algo más difícil. Es algo desconocido que debe tratarse con cuidado, por eso debemos dejar que suceda sin intentar controlarlo. Si no, nos estaríamos concentrando en algo que no sabemos si sucederá. Por eso debemos preocuparnos lo justo por cada uno de estos momentos y mantenerlos en equilibrio con los demás".

Cuando terminó, el silencio era sepulcral y todos y cada uno de los habitantes meditaron las palabras del niño. Como nadie encontró ninguna pega y a todos les pareció bien, poco a poco todas estas personas adoptaron la nueva filosofía.

La claridad de mente de este pequeño se debía a que se había quedado sin padres a una edad muy temprana, prácticamente cuando era un bebé y había crecido lejos de las influencias que los padres ejercían sobre los niños; permitiéndole esto pensar de manera libre y desarrollar sus propias ideas.

Para conmemorar las palabras del niño y por si alguna vez volvían a

sus antiguas costumbres se grabaron sus palabras en un gran monumento erigido en el centro de la plaza.